

El cielo estaba oscuro, el viento aullaba y Perdu aullaba también.

Pobre Perdu. Un perrito perdido, solo, sin ningún sitio al que llamar hogar ni nada que le perteneciera excepto un viejo pañuelo rojo.

La lluvia caía sobre su pelaje negro como la noche y la hierba estaba fría bajo sus patas.



Observó una hoja dar volteretas en el aire



y aterrizar en el agua con un golpecito y un murmullo.

Bailaba dentro de la corriente, y entre giros y vueltas  
flotaba alejándose.



Esta hoja tiene un sitio donde estar,  
pensó él.

Pero, ¿y yo?



Perdu decidió seguir la hoja que continuaba navegando a través de la noche, a través de bosques y a través de prados, a través de la hierba baja y alta.

La noche se disipó, el negro se convirtió en azul y empezó a salir el sol.

El riachuelo manso que había sido su amigo ahora corría  
y se apresuraba a alejarse de él, llevándose su hoja  
más allá de donde alcanzaba la vista.



El suelo bajo sus patas ahora tenía un tacto diferente.

tic, tic, tic, tic, tic, tic, tic, tic

sonaban sus uñas sobre el asfalto de la ciudad.





La gente corría y se apresuraba a su alrededor.  
La ciudad es un sitio muy ajetreado, la ciudad es un sitio muy ruidoso,  
la ciudad es un sitio muy grande cuando tú eres muy pequeño.

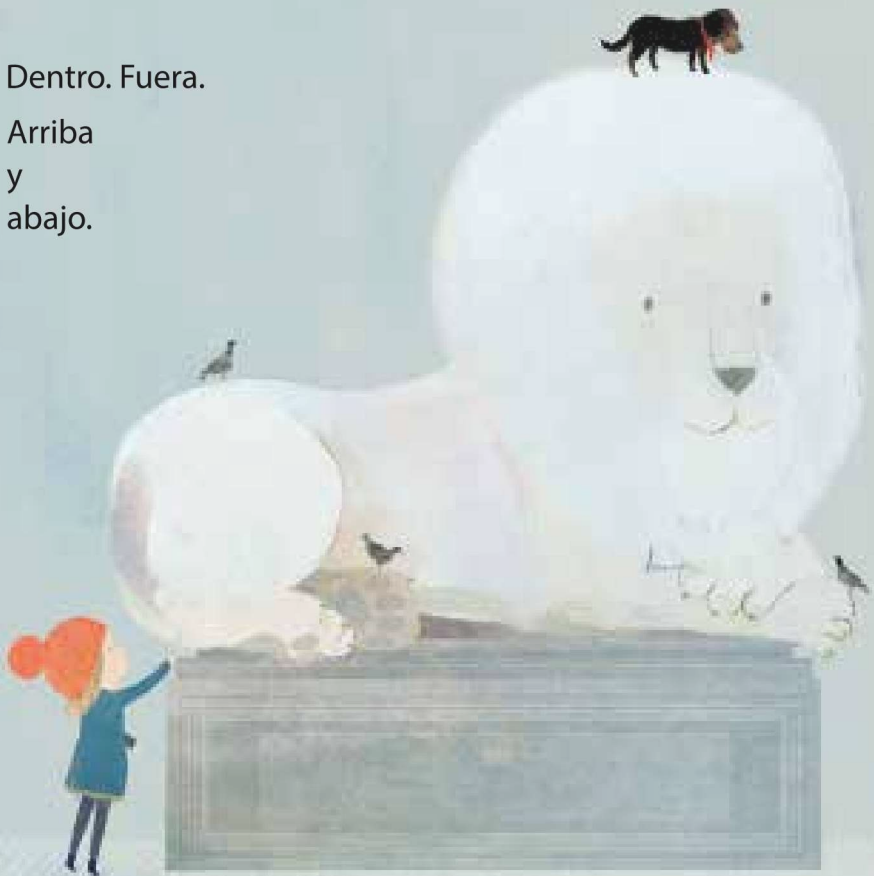
Todo el mundo tenía un lugar en el que estar.  
Tengo que encontrar mi sitio, pensó Perdu.  
Tengo que encontrar un lugar para mí.



Buscó todo el día.

Dentro. Fuera.

Arriba  
y  
abajo.



Pero no había sitio para Perdu.

—¡Fuera! —le gritaban.



—¡Vete!



—¡Largo!



Pobre Perdu.

Las cuatro patitas le dolían y tenía los pies cansados e irritados.

La barriguita le hacía ruido y se quejaba.  
Tenía que encontrar algo de comida.

